VI

Un año despues de este suceso, en una habitacion de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboy, de París, en el cuartel de las diligencias, una jóven de luto estaba sentada al lado de una mesa y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa habia una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorvado por la edad, pero de una fisonomía noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitacion; de tiempo en tiempo se aproximaba á la jóven, se detenia delante de ella y la miraba con un aire paternal. La jóven entonces extendia el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involunta-

ria, y llenaba el vaso. El viejo bebia un trago, y despues volvia á pasearse, gesticulando de un modo singular y casi ridículo, mientras la jóven sonreía con un aire triste, siguiendo sus movimientos con atencion.

Difícil le hubiera sido al que se hubiera hallado allí, adivinar quiénes eran estas dos personas; la una inmóvil, silenciosa, pero llena de gracia y distincion, ostentaba en sus facciones y en sus menores gestos algo más que lo que ordinariamente se llama la belleza; la otra, de una apariencia del todo vulgar, los vestidos en desórden, el sombrero puesto, bebiendo del grosero vino de la taberna y haciendo resonar sobre el suelo de madera los clavos de sus zapatos, formaban un extraño contraste.

Estas dos personas estaban, con todo, ligadas por una afeccion muy viva y muy tierna. Eran Camila y el tio Giraud. El digno hombre habia venido á Chardonneux cuando Mme. de Arcis habia sido trasportada á su última morada. Muerta su madre,

y su padre ausente, la pobre niña se encontraba entonces absolutamente sola en este mundo. El caballero, habiendo dejado una vez su casa distraído por su viaje, llamado por sus negocios, y obligado á recorrer muchas villas de Holanda, no habia sabido, sino despues de algunos meses, la muerte de su mujer: durante todo este tiempo, Camila estuvo, por decirlo así, húerfana; habia en la casa un ama de llaves que se habia encargado de velar por la jóven; pero Cecilia era la que cuidaba á su hija, y el ama de gobierno conocia apenas á Camila, no pudiendo darle ningun consuelo en aquellas circunstáncias.

El dolor de la jóven á la muerte de su madre fué tan violento, que se habia temido largo tiempo por sus dias. Cuando el cuerpo de Mme de Arcis habia sido retirado del agua y llevado á casa, Camila acompañó este cortejo fúnebre dando gritos de desesperacion tan desgarradores, que las gentes del país tenian casi miedo. Habia, en efecto, algo de espantoso en este sér que

estaban habituados á ver mudo, dulce y tranquilo, y que salia de repente de su silencio en presencia de la muerte. Los sonidos inarticulados que se escapaban de sus labios, y que ella únicamente no oía, eran casi salvajes; no eran ni palabras ni sollozos, sino una especie de lenguaje horrible que parecia inventado por el dolor; durante un dia y una noche estos gritos espantosos no cesaron de llenar la casa; Camila corria á todos lados, se arrancaba los cabellos y golpeaba las paredes; en vano procuraron consolarla; la fuerza misma fué inútil; el cansancio la hizo al fin caer al pié del lecho donde el cuerpo de su madre estaba depositado.

De repente pareció recobrar su tranquilidad acostumbrada, y por decirlo así, olvidarlo todo: quedóse algun tiempo en una calma aparente, andando todo el dia al acaso, con un paso lento y distraído, sin rehusar ninguno de los cuidados que se tomaban por ella; creyeron que se habia consolado, y el médico, á quien se habia llamado, se engañó con todos los demás: una fiebre nerviosa se declaró bien presto con los más graves síntomas, y fué necesario velar constantemente por la enferma.

Escribió el ama de llaves al tio Giraud, y éste tomó la resolucion de ir al instante al socorro de su sobrina.

—Ya que Camila no tiene padre ni madre en este momento — dijo á sus amigos,—yo me declaro uno y otro y me encargo de ella. Esta me ha gustado siempre; he pedido con frecuencia á su padre que me la diese, y aunque no es justo que ahora le prive de su hija, por el pronto, yo la ampararé; á su vuelta, veremos.

El tio Giraud no tenía gran fe en la medicina por una razon: era ésta que apenas creía en las enfermedades, porque no habia estado nunca enfermo.

Una fiebre nerviosa le parecia una quimera ó á lo sumo un desarreglo de ideas, que un poco de distraccion debia curar; decidió, pues, llevar á Camila á París.

—¡Vosotros veis—dijo á los criados—qué

triste está la niña; no hace más que llorar, y tiene razon, porque solo una madre nos da Dios! Pero aquí no se trata de que la hija se vaya porque la otra se haya marchado; es preciso procurar que piense en otra cosa, y dicen que París es muy bueno para esto; yo no conozco á París, ni ella tampoco. Así, pues, me voy y la llevo; esto nos divertirá á los dos. Por otra parte, aunque solo sea la fatiga del camino, ha de serle provechosa; yo he tenido penas como los demás, y siempre que he visto saltar delante de mí el látigo de un postillon, me he sentido remozado.

Camila y su tio fueron, pues, á París; Mr. de Arcis, instruído de este viaje por una carta del tio Giraud, lo aprobó; á la vuelta de su excursion á Holanda habia traído á Chardonneux una melancolía tan profunda, que le hubiera sido casi imposible ver á nadie, sin exceptuar á su misma hija. Parecia querer huir de todo sér viviente y buscar donde huir de sí mismo. Casi siempre solo, á caballo en los bosques, fatigaba

su cuerpo con exceso, para dar algun reposo á su alma. Una tristeza oculta, incurable, le devoraba; reprochábase en el fondo de su corazon el haber hecho á su mujer desgraciada durante su vida, y el haberla abandonado en la noche fatal del baile.

—Si yo hubiera estado allí—se decia,—ella viviria y aun podríamos ser dichosos.

Este pensamiento, que no le dejaba nunca, emponzoñaba su vida.

Su deseo más ardiente era ver á Camila dichosa, y estaba pronto á hacer para esto los más grandes sacrificios. Su primera idea, al volver á Chardonneux, habia sido la de reemplazar cerca de su hija á su esposa, y pagar á la niña esta deuda de corazon que habia contraído; pero el recuerdo de la semejanza de la madre y de la hija le causaba de antemano un dolor intolerable; era en vano que buscase engañarse sobre su dolor mismo, y que quisiera persuadirse de que sería más bien á sus ojos un consuelo, un medio de dulcificar su pena, el encontrar en un semblante amado, los

rasgos de aquella que lloraba sin cesar. Camila, á pesar de todo, era para él una reconvencion viviente, una prueba de su falta y de su desgracia, que él no se sentia con fuerzas para soportar.

El tio Giraud no deseaba más que alegrar á su sobrina y hacerle la vida agradable. Desgraciadamente esto no era fácil. Camila se habia dejado llevar á París sin resistencia, pero no queria tomar parte en ninguno de los placeres que el buen hombre trataba de proporcionarle; por toda respuesta le enseñaba su modesto vestido negro.

El viejo maestro de obras era obstinado; habia alquilado, como se ha visto, una habitacion amueblada en un hotel de las Mensajerías, el primero que un *comissionaire* de la calle le habia indicado, no pensando estar más que un mes ó dos. Pero ya estaba allí con Camila hacía cerca de un año. Durante este tiempo, Camila habia rehusado todas sus proposiciones de partidas de placer, y como él era al mismo tiempo tan

bueno y tan paciente como terco, esperaba aún convencerla y alegrarla.

Amaba á esta pobre jóven con toda su alma, por uno de esos encantos inexplicables que ligan la bondad á la desgracia.

—Pero en fin, yo no sé—dijo apurando del todo su botella—lo que te puede impedir venir á la Opera conmigo; aquello cuesta muy caro, ya tengo los billetes en mi bolsillo; tu luto acabó ayer; tienes dos trajes nuevos; ponte uno, el más lindo, encima el capuchon y...

El buen hombre se interrumpió al llegar aquí.

—¡Diablo!—añadió;—tú no entiendes nada de cuanto digo y no habia pensado en ello. ¿Pero qué importa? Tienes buena vista, y para ir allí, basta: tú no oyes, pero yo escucharé; además, ambos veremos bailar.

Así hablaba el buen tio, que no podia nunca persuadirse cuando habia alguna cosa interesante que decir de que su sobrina no podia ni entenderle ni responderle; hablaba con ella á pesar suyo. Por otra parte,

cuando ensayaba explicarse por señas, Camila lo entendia menos; el tio Giraud habia, pues, adoptado la costumbre de hablarle como á todo el mundo, si bien gesticulando con todas sus fuerzas; Camila estaba hecha á esta pantomima y encontraba modo de responderle tambien por señas.

El luto de Camila habia terminado en efecto, como le decia el anciano; éste habia comprado dos lindos trajes á su sobrina, y al ver que la jóven no hacía ningun signo de asentimiento para ir á la Opera, fué á buscarlos y se los presentó con aire á la vez tan tierno y tan suplicante, que Camila le abrazó como para darle gracias: despues se sentó, de nuevo con la triste calma en que se la veía siempre sumergida.

—Pero no es esto lo que yo quiero—dijo el tio;—es preciso que te vistas; he comprado ese vestido de raso azul para que le luzcas esta noche; la modista me ha llevado una suma enorme por él; vamos, hija mia, anímate.

Y hablando así, se paseaba por la habitacion, haciendo bailar los trajes en sus manos como si fuesen dos muñecos.

Camila habia llorado bastante para que no desease algunos momentos de alegría. Por la primera vez, desde la muerte de su madre, se levantó, se puso delante de su espejo, tomó uno de los dos trajes que su tio le mostraba, le miró tiernamente, le tendió la mano, é hizo una pequeña señal con la cabeza que queria decir: ¡Sí!

A esta señal, el tio Giraud se puso á saltar como un niño, haciendo resonar sus gruesos zapatos. ¡Triunfaba! ¡era al fin llegada la hora en que él cumplia sus deseos! ¡Camila queria adornarse, salir con él, ir á la Opera, ver el mundo! A este pensamiento, la alegría le puso fuera de sí, y abrazó á su sobrina, y corrió á llamar á todas las criadas de la casa.

Empezó el tocador de Camila, y al terminarlo, estaba tan bella, que le pareció reconocerse á sí misma y sonrió á su propia imágen. El tio Giraud salió en busca de un carruaje, y al volver presentó el bra-

zo á su sobrina; Camila hizo señal de que esperase, tomó el vestido de luto que se habia quitado, le dobló con cuidado, le besó, le guardó en un armario, y aceptando el brazo del anciano, salieron los dos.

VII

Si el tio Giraud no era elegante en su persona, se jactaba á lo menos de hacer bien las cosas; poco le importaba que sus vestidos, siempre nuevos y muy anchos, porque no queria estar molesto, le cubriesen como bien les pareciese; que sus medias negras estuviesen mal estiradas, y que su peluca le cayese sobre los ojos. Pero cuando se proponia obsequiar, buscaba siempre lo más caro y lo mejor; habia tomado aquella noche, para él y para Camila, un hermoso palco muy en evidencia, á fin de que su sobrina pudiese ser vista de todo el mundo.

A las primeras miradas que Camila dirigió sobre el teatro y á la sala, quedó deslumbrada; no podia menos de suceder esto;

una jóven apenas de edad de diez y seis años, educada en el campo, y que se encontraba de repente trasportada en medio de la mansion del lujo, de las artes y de los placeres, debia creer que soñaba.

Se representaba un baile; Camila seguia con curiosidad la actitudes, los gestos y los pasos de los actores; comprendia que aquello era una pantomima, y ella deseaba entenderla, sin conseguirlo; á cada instante se volvia hácia su tio con aire estupefacto, como para consultarle; pero éste estaba más pasmado que ella. Camila veía pastores con medias de seda, ofreciendo flores á sus pastoras, amores volteando en los aires, dioses sentados sobre nubes. Las decoraciones, las luces, la araña, sobre todo, cuya luz la encantaba, los adornos de las mujeres, los bordados, las plumas, toda esta pompa de un espectáculo desconocido para ella, la sumergia en un dulce asombro.

Camila llegó á ser muy pronto el objeto de una curiosidad casi general; su atavío era sencillo, pero del mejor gusto; sola

en un gran palco al lado de un hombre tan tosco como era el tio Giraud, bella como un astro, fresca como una rosa, con sus grandes ojos negros y su aire ingénuo, debia necesariamente atraer las miradas. Los hombres empezaron á enseñársela, las mujeres á observarla.

Algunos jóvenes se aproixmaron, y los cumplimientos más lisonjeros, hechos en alta voz, á la moda de la época, fueron dirigidos á la recien venida; por desgracia, era el tio Giraud quien recibia estos homenajes y quien los saboreaba con una risita maligna.

Camila recobró su aire tranquilo; pero poco despues un sentimiento de tristeza la asaltó; sentia cuánto habia de cruel en estar aislada en medio de aquella multitud; las gentes que hablaban en los otros palcos; los músicos, cuyos instrumentos marcaban la medida del paso de los actores; el vasto cambio de pensamientos entre el teatro y los espectadores, todo esto la hacía meditar tristemente; nosotros hablamos y tú no ha-

blas, parecia decirle todo el mundo; nosotros escuchamos, reímos, cantamos, nos amamos, gozamos de todo; tú sola no gozas de nada, tú sola no oyes nada, tú sola eres aquí una estátua, el simulacro de un sér que no hace más que asistir á la vida.

Camila cerró los ojos, para librarse del espectáculo; se acordaba del baile de niños, donde habia visto bailar á sus compañeras y donde habia estado al lado de su madre; volvió con el pensamiento á la casa natal, á su infancia tan desgraciada, á sus largos sufrimientos, á sus lágrimas secretas, á la muerte de su madre, en fin, al luto que acababa de quitarse, y que resolvió volver á ponerse. Puesto que estaba desahuciada, le parecia que sería mejor para ella huir para siempre de la sociedad; dominada por este pensamiento, no pudo reprimir algunas lágrimas que el tio Giraud vió correr; miró afligido á su sobrina y ésta le hizo seña de que queria partir; el buen hombre, sorprendido é inquieto, quedó inmóvil y sin saber qué hacer. Camila se levantó y le mostró

la puerta del palco, pidiéndole su capa.

En este momento apercibió debajo del palco y en la galería á un jóven de bella figura y ricamente vestido, que tenía en la mano un pedazo de pizarra, sobre el que trazaba letras y figuras con un lápiz blanco; mostraba en seguida esta pizarra á su vecino, que era un caballero de edad madura; éste parecia comprenderle al instante, y le respondia del mismo modo, con admirable prontitud; los dos cambiaban al mismo tiempo, abriendo y cerrando los dedos, ciertos signos que parecian servirles para comunicarse sus ideas.

Camila no comprendia nada, ni de los dibujos que distinguia apenas, ni de los signos que no conocia; pero habia notado á la primera mirada que este jóven no movia los labios; estaba de pié para salir, pero se detuvo; veía que hablaban un lenguaje que no era el de la voz, y que encontraban modo de explicarse sin esos sonidos tan incomprensibles para ella, y que formaban la tortura de su pensamiento; cualquiera

que fuese este lenguaje extraño, una sorpresa extrema, un deseo invencible de ver más, le hicieron volver al sitio que habia dejado; se inclinó hácia la barandilla del palco, y observó atentamente lo que hacía el desconocido. Le vió de nuevo escribir sobre la pizarra y presentarla á su vecino, y ella hizo un movimiento involuntario como para asirla.

A este movimiento, el jóven alzó la cabeza y vió á Camila á su vez. Apenas sus ojos se encontraron, se quedaron los dos inmóviles é indecisos, como si quisieran reconocerse; despues, en un instante se adivinaron y se dijeron en una mirada:

—Somos mudos los dos.

El tio Giraud trajo la capa á su sobrina, pero ésta no pensaba ya en irse; habia vuelto á ocupar su silla y estaba apoyada sobre la balaustrada del palco.

Entonces era cuando el abate de L' Epée empezaba á ser conocido. Lleno de lástima hácia dos sordo-mudas que habia visto por casualidad ocupadas en una labor de aguja,

la caridad que llenaba su alma se despertó de repente. En la pantomima informe de estos séres desgraciados, él habia encontrado los gérmenes de una lengua fecunda, que creía poder hacer universal. Como la mayor parte de los hombres de genio, habia quizá hallado el éxito demasiado pequeño para lo que él deseaba; empezó enseñando á las dos sordo-mudas á leer y á escribir, y las volvió á colocar en el número de los vivientes; solo y sin ayuda, tomó á su cargo el hacer una familia de estos desgraciados, y se preparaba á emplear en este proyecto su fortuna y su vida mientras que el Gobierno les tendia una mano protectora.

El jóven sentado cerca del palco de Camila era uno de los discípulos formados por el abate; noble y de una antigua casa, dotado de una viva inteligencia, pero herido de la *demi-mort*, como se decia entonces, habia recibido uno de los primeros la misma educacion, poco más ó ménos, que el célebre Conde de Solar, con la única diferencia de que él era rico y no corria el ries-

go de morir de hambre por el olvido del Duque Penthievre.

Independientemente de las lecciones del abate, se le habia dado un ayo, que siendo un seglar, podia acompañarle á todas partes, velar sobre sus acciones y dirigir sus pensamientos; este era el caballero que se hallaba á su lado y que leía sobre la pizarra.

El jóven aprovechaba con gran cuidado y no menos aplicacion estos estudios diarios que ejercitaban su ingenio sobre todas las cosas, en la lectura como en la equitacion, en la ópera como en la iglesia; sin embargo, un poco de orgullo nativo y una independencia de carácter muy pronunciada luchaban en él con su aplicacion; nada sabía de los males que hubieran podido alcanzarle si hubiese nacido en una clase inferior, ó solamente como Camila, en otro lugar que en París. Una de las primeras cosas que se le habian enseñado, luego que habia empezado á deletrear, habia sido el nombre de su padre el Marqués de Maubray; sabía,

pues, que era á la vez diferente de los otros hombres por el privilegio del nacimiento y por una desgracia de la naturaleza. El orgullo y la humillacion se disputaban aquel claro talento, al que iba unida una gran generosidad.

El jóven marqués sordo-mudo, observando y comprendiendo á sus iguales, iba tambien á Versalles, y en aquellos espléndidos salones, llenos de cortesanos, era mirado con interés por más de una linda marquesita.

El espectáculo acabó; Camila tomó el brazo de su tio y se marchó pensativa.

VIII

Inútil será decir que Camila y el tio Giraud ignoraban absolutamente el nombre del abate de L'Epée, y que no sospechaban siquiera el descubrimiento de una ciencia nueva que hacía hablar á los mudos. Madama de Arcis, le hubiera conocido al instante si hubiera vivido, pero Chardonneux está lejos de París. El caballero no leía los periódicos, abstraído en su dolor; de este modo ignoraba por completo lo que podia aliviar de un modo tan poderoso la desgracia de su hija.

Al volver á su casa, Camila no tenía más que una idea: lo que sus gestos y sus miradas podian decir, lo empleó para explicar á su tio que necesitaba ante todo una pizarra y un lapiz. El buen hombre se vió